

¿Guerra cultural o influencia recíproca?

Gawlikowski, Krzysztof

Krzysztof Gawlikowski: Ensayista y sinólogo polaco. Docente de la Universidad de Nápoles.

La idea de «guerra cultural» en tanto teoría global presenta como dificultad el no dar cuenta de que actualmente son los países desarrollados del ámbito eurocristiano quienes absorben en medida cada vez mayor los elementos de las culturas no occidentales

En su ensayo *La guerra cultural entre Oriente y Occidente*, Luciano Pellicani ha tocado uno de los problemas cruciales, incluso acaso el problema más importante de la época presente: la cuestión de las transformaciones culturales conectadas con la ampliación del mercado capitalista y de la nueva civilización industrial-informática a escala global. Su tesis central está en la afirmación de que la civilización occidental «asedia» a todas las otras civilizaciones y las conquista, fenómeno frente al cual estas últimas sufren una especie de «proletarización» (clochardisation). Ellas se defienden, incluso en formas radicales, cerrándose a las influencias externas y remitiéndose al propio patrimonio cultural, en el que cumplen un papel particular los valores derivados de la religión. Pellicani dedica una buena parte del ensayo a dos ejemplos de defensa de la civilización tradicional: la revolución de Jomeini en Irán y la revolución de Pol Pot en Camboya. Y concluye: «Nada nos autoriza a pensar que estarnos en la vigilia del advenimiento de ese orden planetario pacífico y democrático del que recientemente ha hablado Francis Fukuyama. Al contrario, es legítimo pensar que la guerra cultural no cesará hasta que la agresión occidental ocupe la escena mundial, colocando al proletariado externo frente a una opción ineludible y repugnante al mismo tiempo».

Uno

Por un lado, Pellicani ha captado de manera admirable algunas tendencias y determinados problemas que son parte del Tercer Mundo.

Por el otro, sin embargo, el cuadro que presenta de las transformaciones culturales a escala global suscita dudas sustanciales. Frente a los conflictos descritos en el ensayo observamos también, en efecto, otros procesos, casos diversos y diferentes situaciones. En consecuencia, la tesis de una «guerra cultural» de alcance global se revela como falsa.

Ante todo, la división entre países desarrollados y países atrasados desde el punto de vista económico no corresponde exactamente a la división entre la cultura eurocristiana y las otras civilizaciones. En la misma Europa tenemos países económicamente atrasados: basta pensar en Europa oriental y en el área de los Balcanes. En Asia tenemos a Japón y a los llamados Cuatro Tigres, así como a países con distintos grados de atraso. Diferenciada de manera semejante está América Latina que, por lo menos en gran parte, pertenece al ámbito de la civilización eurocristiana. Tanto entre los países ricos como entre los países pobres, en fin, nos encontramos con religiones y civilizaciones diferentes.

Una segunda objeción concierne al mismo proceso de desarrollo económico. La mayor parte de la población del mundo vive actualmente en países que no pueden liberarse del atraso. El proceso de expansión de la economía de mercado y de las tecnologías modernas no es en absoluto automático ni global. La absorción en esos países de elementos derivados de una civilización tecnológicamente avanzada (occidental o japonesa) adopta de algún modo un papel psicoterapéutico: si no se puede participar en el desarrollo económico, se toman de él al menos algunos símbolos y gadgets conocidos por las películas y por las revistas. La «revolución informativa» precede a la tecnológico-económica. En efecto, sólo se da en un primer momento que el mercado subvierta el tradicional cuadro económico-social y sólo como consecuencia de esto surgen las transformaciones culturales. A menudo también sucede lo contrario. Vale la pena también observar que el desarrollo económico es actualmente un deseo universal, aunque no siempre pueda realizarse. Los casos de total negación de la «civilización occidental», como la realizada por Pol Pot, son sumamente raros. En general, la civilización industrial es aceptada, aunque sea parcialmente, mientras que se rechaza sólo la cultura eurocristiana, sobre todo en su versión consumista, lo que es difícil de condenar en un país pobre, donde alcanza a una reducida élite privilegiada.

Se puede añadir también que las tendencias al rechazo de la civilización occidental están sufriendo un evidente debilitamiento. En las tres últimas décadas los países del Tercer Mundo se han encontrado teniendo que optar entre una vía de desarrollo euro-americano-japonés y una vía soviético-china. Desde hace al menos diez

años, no obstante, la llamada «alternativa socialista» ha perdido su fuerza de atracción. El derrumbe del Imperio soviético, la reforma mercantil en China y la miseria de aquellos países del Tercer Mundo que a su vez han elegido la «vía alternativa», ponen un término definitivo a los intentos de instaurar regímenes neotradicionalistas de tipo «socialista». La variante fundamentalista-teocrática nacida en Irán no ha tenido desde su inicio una influencia sustancial. La «fuga a la tradición» se ha demostrado poco práctica y poco atrayente. Vale la pena apuntar que la «vía alternativa» (tradicionalista o «socialista») ha sido elegida por países con distinto grado de desarrollo económico: muy atrasados o medianamente desarrollados. En los primeros, los dirigentes han sido a menudo hombres ligados a las élites intelectuales de izquierda (también éstas occidentalizadas en gran medida); en los segundos, la guía ha sido adoptada por el clero y por las élites tradicionalistas. Los regímenes que han hecho propia una vía alternativa con respecto a la occidental han sido, pues, de naturaleza muy variada, mientras que su afirmación ha sido el resultado tanto del deseo insatisfecho de desarrollo económico como de la voluntad de frenar la «degradación moral» a él ligado. En general, han unido estos dos componentes, como se ve en el caso iraní y en el de la Camboya de Pol Pot. Todos estos regímenes parecen ser «callejones sin salida» de la evolución sociopolítica, dolorosos «errores históricos».

Dos

La principal debilidad de la concepción de la «guerra cultural» como teoría global radica, sin embargo, en otra cuestión. En efecto, parece que son los países desarrollados del ámbito eurocristiano los que absorben en medida cada vez mayor elementos de las culturas no occidentales. Se observa en la música, en las costumbres, en la cocina, en la búsqueda de las religiones y de la «sabiduría» orientales y así sucesivamente. El fenómeno tal vez más espectacular es la impetuosa difusión de los restaurantes chinos en Italia y en España, países donde esos restaurantes casi no existían anteriormente, mientras que ahora están destinados al consumo precisamente de los europeos, no de quien proviene de Asia.

Los crecientes movimientos migratorios profundizan ulteriormente las transformaciones de las culturas eurocristianas. Por un lado tenemos un éxodo turístico y una afluencia de especialistas occidentales y de fuerza de trabajo calificada hacia las regiones extraeuropeas; por el otro, en cambio, una afluencia de fuerza de trabajo por lo común no calificada y proveniente de las zonas atrasadas hacia Europa y Estados Unidos. En consecuencia, las metrópolis occidentales se vuelven cada vez más ampliamente multiculturales. Somos además testigos de una «conquista» pacífica

sin precedentes de Europa por parte de los inmigrantes de Africa y Asia, y de los Estados Unidos por parte de los latinoamericanos y de aquellos que emigran del Asia oriental. Este fenómeno se manifiesta a todos los niveles: capital, especialistas, obreros y lumpenproletariat. Tales procesos de «mescolanza cultural» están acompañados por recíprocos intentos de autoaislamiento, de defensa de las propias tradiciones, lo que provoca nuevos conflictos en el seno de la civilización industrial.

En los países atrasados extraños al ámbito eurocristiano se manifiesta también una rápida absorción de la civilización occidental, lo que concierne no sólo a gadgets como la radio y la televisión u otros artículos consumistas, sino también a los valores. En los años sesenta, muchos de los países recién independizados han aceptado los valores del modelo alternativo soviético-chino, que en esencia incluían algunas ideas occidentales (aunque sólo sea las afines a todas las sociedades tradicionales). Los años ochenta han conocido, en cambios una difusión extraordinaria de las ideas y de los modelos de las democracias occidentales. El deseo de democracia y de elecciones libres, el respeto de los derechos humanos y de la prensa independiente han comenzado a resonar en Pekín y en Rangún, en Katmandú y en Karachi, en Argelia y en Addis Abeba, es decir en países que presentan diferentes sistemas políticos y diferentes orientaciones ideológicas y se encuentran en distintos niveles de desarrollo económico. Es sorprendente que tales existencias se hayan manifestado incluso en los países más pobres y que normalmente con tales reivindicaciones se hayan presentado amplias masas y no sólo las élites. A fin de cuentas, ha sido precisamente esta rápida difusión de los ideales democráticos la que ha causado la descomposición de los estados del «socialismo real».

En consecuencia, pues, observamos crecientes conflictos culturales también en el interior de los países extraños al ámbito eurocristiano o en aquellos que han rechazado la civilización occidental; asistimos al choque de los nuevos valores de derivación occidental con los valores tradicionales o neotradicionalistas. Del mismo modo que la ciencia y las nuevas tecnologías, tales valores son considerados universales y en tal sentido se los acepta, creando nuevas aspiraciones políticas y sociales. No se trata de un efecto de la «agresión», sino del simple hecho de la coexistencia con el mundo que posee estos valores y, en los países atrasados, de las aspiraciones espontáneas suscitadas por esta proximidad. Se debe recordar además que esta pacífica «conquista del mundo por parte de los valores occidentales» incluye también al cristianismo. Los viajes de Juan Pablo II no son sólo causa de su difusión, sino que constituyen también el resultado de esta nueva necesidad. La afluencia en Europa de emigrantes de Africa y de Asia parece ser no sólo y no tanto un viaje con el exclusivo fin del beneficio económico, sino un auténtico viaje ha-

cia la civilización occidental: si la montaña no quiere ir a Mahoma, es Mahoma quien va a la montaña.

Se trata de un fenómeno nuevo y aún no conocemos sus consecuencias. Por el momento ha derrumbado al «socialismo real» y a diversos regímenes autoritarios, desde las dictaduras de derecha de Pinochet y de Marcos hasta el comunismo ortodoxo en Albania. Hoy no sabemos si acelerará y facilitará el desarrollo económico del Tercer Mundo o si, al contrario, suscitará nuevas frustraciones. Las repercusiones en el mundo árabe de la agresión de Irak a Kuwait muestran que los cambios son realmente de fondo: hace veinte años habríamos sido testigos de sólidas demostraciones antiamericanas en todo el mundo musulmán; hoy las tropas egipcias y paquistaníes aterrizan en Arabia Saudita junto con los americanos. En todo caso se trata de un fenómeno positivo: a las poblaciones de los países atrasados les aporta cambios favorables y tal vez, al menos para una parte de estos países, aumenta también las posibilidades de un desarrollo económico. Sin embargo, será prudente en el uso de términos como «proletariado» o «clochardisation» al referirme al análisis de transformaciones culturales. Todos los fenómenos negativos descritos por Pellicani sin duda se manifiestan pero se enmarcan en un contexto más amplio, constituyen la otra cara de la moneda y el precio que se paga por las fundamentales transformaciones culturales ligadas a la progresiva expansión de la civilización industrial.

Tres

Somos testigos de la formación de un nuevo panorama político-ideológico del mundo en el que, según parece, han cumplido un papel fundamental los medios de información. Como siempre, esos cambios unen fenómenos positivos y fenómenos negativos, aun cuando estos últimos, por lo menos, no sean predominantes. La difusión de los nuevos valores y de modelos democráticos, además del desarrollo económico y tecnológico, no causan necesariamente el derrumbe y la aniquilación de la cultura tradicional, como demuestran los ejemplos de Japón, Corea del Sur, Hong Kong y Thailandia. Así demuestra con toda evidencia que la civilización industrial se puede formar no sólo sobre la base de las culturas eurocristianas sino también de las culturas budistas-confucianas, y que puede presentar diversas variantes culturales, las cuales constituyen una síntesis de las tradiciones autóctonas y de la universal modernidad industrial. Tal vez no todas las culturas están en condiciones de superar esa transformación, desde el momento en que las culturas islámicas la viven de manera dolorosa a causa de su plurisecular conflicto con la Euro-

pa cristiana y del problema de Israel, pero ésta parece ser la principal tendencia del desarrollo histórico.

Pellicani, siguiendo la tradición del pensamiento sociológico, ha tratado especialmente el problema de los valores. Yo querría llamar la atención sobre otro aspecto, en mi opinión crucial: la transformación de las instituciones y de los papeles sociales de la esfera intermedia entre valores y objetos, entre valores e instrumentos, o sea entre valores y área de la cultura material. Las experiencias de los procesos de modernización demuestran, y en este aspecto coincido con Pellicani, que se aceptan más fácilmente aquellos instrumentos que aumentan la «productividad del trabajo» (bombas, motores, abonos químicos, armamentos modernos) o bien los bienes de consumo marginales (cine, Coca-Cola, cigarrillos). Aparentemente su aceptación no despierta la necesidad de cambiar toda la estructura de la cultura tradicional, aunque, sin duda, conmueve sus bases.

Sucede, sin embargo, y actualmente lo observamos en amplia escala, que se aceptan también, al menos de palabra, los valores. Se ve entonces que es más difícil cambiar las instituciones y los papeles sociales. Las masas pueden reivindicar en las plazas la democracia y las libertades civiles, pero esto no significa en absoluto que la sociedad esté en condiciones de crear las estructuras de las instituciones democráticas y de cambiar los papeles sociales cotidianos. A tal fin es indispensable la elaboración de nuevas concepciones del poder, de nuevos modelos de comportamiento, de nuevos papeles para los dirigentes, los funcionarios estatales y los ciudadanos, de otra división de los deberes entre hombre y mujer y así sucesivamente. Hasta en países de cultura euro-cristiana, como los países de Europa central, la construcción de un orden democrático encuentra enormes dificultades. Lo mismo se observa en la católica América Latina y en la también católica Filipinas. Semejantes dificultades obstaculizan el desarrollo económico no sólo en los países extraeuropeos, sino también en el sur de Italia o en Polonia. Naturalmente, podemos preguntarnos de inmediato si en esas situaciones se aceptan de verdad los valores de la civilización industrial avanzada, pero esto no explica mucho, dado que los valores fundamentales han sido inculcados a través de siglos.

Explicar el atraso económico sólo con el parasitismo de las élites privilegiadas, como hacían los marxistas, es una respuesta parcial, y también lo es la recurrencia sociológica a la estructura de valores diferente de la eurocristiana. Las élites han sido liquidadas, los valores han sido aceptados, pero las sociedades siguen quedándose al margen de la civilización industrial. La creación de una nueva cultura política, de una nueva mentalidad y de nuevas costumbres se ha revelado como

una barrera insuperable o un proceso sumamente lento. Esto nos impulsa a interrogarnos sobre otra cuestión, sobre los modos en que se generan las estructuras políticas democráticas y el desarrollo económico. Estas dos esferas están ligadas entre sí, pero no son para nada idénticas, como demuestran los casos de Corea del Sur y de Taiwan.

Por todo ello, en lugar del marco de una «guerra cultural» entre Occidente eurocristiano y «Oriente», me parece más eficaz el marco de un melting pot global con un «Norte» organizativa, tecnológica y económicamente avanzado y un «Sur» atrasado, recíprocamente ligados e interdependientes, lo que queda ampliamente demostrado por el reciente conflicto en el golfo Pérsico. Estas dos grandes regiones, Norte y Sur, deben sufrir transformaciones para enriquecer recíprocamente y volver más estrecha tal coexistencia y para limitar por el bien común las «guerras culturales» alimentadas en el Norte contra los inmigrados del Sur, en el Sur contra la civilización occidental.